

PICOS DE EUROPA 1883



La otra Marcha Giner

Vertiente sur de los Picos de Europa desde Liébana. En lo alto, se aprecia el collado de San Carlos.

Hace bastantes años que descubrimos que las prácticas de campo con estudiantes tenían un precedente que, tanto por lo temprano de la época como por la osadía del proyecto, no tiene parangón. Hablamos de la excursión por varias regiones de España que en 1883 llevó a cabo la Institución Libre de Enseñanza, una extraordinaria iniciativa de aprendizaje sobre el terreno que la revista PEÑALARA recordó recientemente con motivo de cumplirse el 140 aniversario de aquel viaje. De él sobresale la llamada *Marcha Giner por la Sierra de Guadarrama*, pero la excursión de 1883 abarcó mucho más, siendo especialmente destacable su paso por un sector montañoso de difícilísima orografía: los Picos de Europa.

Texto: Elisa Villa | Fotografías: Jesús Wensell

En efecto, veinte días después de salir de Madrid, tuvo lugar en los Picos una segunda *Marcha Giner* que, sin miedo a exagerar, se puede calificar como más dura que la primera, que ya lo fue mucho. Esta segunda travesía de montaña es menos conocida que la de Guadarrama, pero lo que sabemos de ella es suficiente para que la bravura del itinerario y la determinación de la que hicieron gala sus organizadores nos dejen asombrados.



Sotres en 1906, veintitrés años después de que pasasen por aquí los miembros de la Institución Libre de Enseñanza. (Colección Familia Schulze).

La excursión de la Institución Libre de Enseñanza (ILE) comenzó en Madrid en la tarde del 14 de julio de 1883 y terminó en esa misma capital 43 días después, el 26 de agosto por la mañana. Los directores de la misma fueron Francisco Giner de los Ríos, filósofo y pedagogo, fundador de la Institución, y Manuel Bartolomé Cossío, pedagogo e historiador del arte, quienes estuvieron acompañados por tres relevantes geólogos: José Macpherson Hemas, un autodidacta que carecía de títulos universitarios, incluso del de bachiller –circunstancia que no le impidió alcanzar gran prestigio como científico–, Salvador Calderón Arana y Francisco Quiroga Rodríguez, antiguos discípulos suyos. A ellos se unió el catedrático de Histología José Madrid Moreno, quien asumió la tarea de redactar un diario del viaje; casi medio siglo después, este profesor publicaría un extenso resumen en tres números consecutivos de PEÑALARA, fuente de la mayoría de los datos que se recogen aquí.

Con los seis profesores mencionados, viajaban nueve alumnos con edades de 12 y 13 años. Antes de la partida, a los chicos se les había pedido que confeccionasen una bolsa con un trozo de hule y la dotasen de correas para poder llevarla a la espalda; es decir, tuvieron que fabricar una mochila rudimentaria, porque, como señala José Madrid, «*entonces no se conocían los sacos alpinistas y que con tanta frecuencia los vemos hoy en aquellas personas que frecuentan la Sierra de Guadarrama los domingos*». Todos portaban un bastón, además de llevar un cuaderno para tomar nota de las explicaciones que recibían. Entre los útiles que debían manejar en el campo se contaban barómetros, termómetros, brújula, martillo de geólogo, frascos para insectos y cajas para herborizaciones. [Dos de los niños que participaron en este

viaje llegaron a convertirse en personajes públicos: José María de Garay, abogado, político, alcalde de Madrid en 1922, y Julián Besteiro, catedrático de universidad, político y presidente de las Cortes durante la Segunda República].

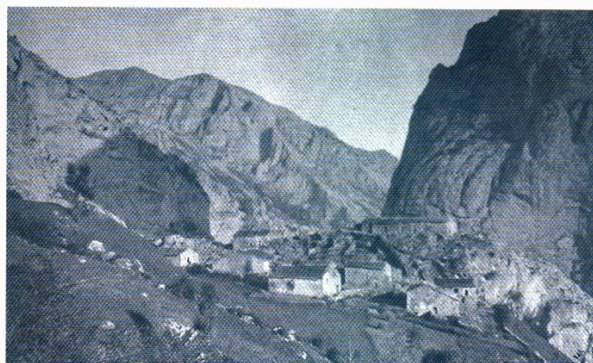
En los Picos de Europa

El relato que sigue describe la travesía que la ILE realizó entre el 2 y el 7 de agosto de 1883, cruzando -de sureste a noroeste- los Picos de Europa.

2 de agosto. A las seis de la mañana (horario de 1883; véase nota al final de este artículo), los excursionistas abandonan San Vicente de la Barquera, donde habían pasado la noche. El día está completamente despejado, lo que estimula las paradas para observar y explicar la geografía circundante. A lo lejos, se perciben las montañas que constituyen su objetivo: los Picos de Europa.

Seis horas después, llegan a Panes. El calor es ya insoponible, pero el alivio llega en forma de un refrescante baño en el río Deva. Almuerzan en un establecimiento en el que el posadero siente curiosidad por saber cuánto pesa el *lío* o macuto de cada chico; el de Darío Cordero se lleva el *premio* al más pesado: 13 libras (casi 6 kg). Continúan el viaje remontando el Deva por el impresionante desfiladero de La Hermida. En esta localidad, se incorpora al grupo el profesor Calderón. Hacen una visita al balneario y reciben explicaciones sobre las características de sus aguas termales. El director del balneario los invita a un refresco.

Siguen luego a Lebeña, echan un primer vistazo a la iglesia mozárabe y, no encontrando más alojamiento que una venta cercana al pueblo, pasan en ella la noche. Menú de la cena: pan, queso y un poco de vino con agua; no hay otra cosa. Tampoco parece que sobren los colchones, puesto que disponen de solo seis para 15 personas. Los colocan en el suelo y se acuestan todos juntos y vestidos, ocupando el menor espacio posible. Un dato notable: este día han recorrido a pie 45 kilómetros.



El Castillo, barrio alto de Bulnes, visto en 1906. Era, y es, paso obligado para alcanzar los Puertos de Amuesa. (Colección Familia Schulze).

3 de agosto. Está amaneciendo cuando bajan a asearse al río Deva; desayunan un poco de leche y, con algo más de detenimiento que el día anterior, vuelven a visitar la iglesia. A las doce de la mañana entran en Potes y allí, en la Posada de San Roque, les espera un buen almuerzo. La tarde la dedican a visitar el monasterio de Santo Toribio. El sitio, retirado, solitario, rodeado de bosques y con los imponentes Picos de Europa al alcance de la mano, les parece magnífico. Es ya noche cerrada cuando regresan a Potes.

4 de agosto. A las cuatro de la mañana ya están caminando, hoy les espera un duro y larguísimo camino. En Argüébanes sale a su encuentro el cura del pueblo y, al saber quiénes son, les «habla de filosofía», despidiéndose de Giner con el consejo de que, si va a Covadonga, «no deje de colgar allí el krausismo, entre los exvotos a



El hayedo de Monte Llué, cortado a la izquierda por la rectilínea canal de Sabugo. Arriba, por detrás del límite superior del bosque, se halla la meseta de Amuesa; más abajo de la arboleda, las ruinas de la majada de Llué, y, por debajo de esta, trazas de la solitaria cabaña de El Jobo (ambas señaladas con círculos). En la foto quedan ocultos los doscientos metros más profundos de la garganta.



Parte alta de la Canal de San Carlos

la Virgen». El grupo retoma el camino haciendo «sabrosos comentarios sobre el célebre cura». Un poco antes de empezar a subir la larga Canal de San Carlos, toman un poco de chocolate. El camino, pendiente y lleno de piedras sueltas, resulta muy incómodo, pero, al fin, coronan el collado y empiezan a descender por el otro lado. Llegan muy cansados a las instalaciones de la mina de La Providencia, en Las Vegas

de Ándara; la cantina les sirve... pan y vino: es lo único que tienen.

Acaban de superar un fuerte desnivel: comenzaron en Potes (290 m), coronaron el collado de San Carlos (2.052 m) y descendieron hasta La Providencia (1.799 m). Cualquiera esperaría que dedicasen la tarde a descansar, pero prefieren esta alternativa: subir a la Pica del Jierro, cumbre de la que especifican que es «una de las que alcanzan mayor altura» (2.423 m). Van acompañados de un guía y progresan «con cierto cuidado», ya que «las pendientes son muy pronunciadas y el terreno es resbaladizo a causa de los muchos ventisqueros...». [En 1883 comenzaba a atenuarse la Pequeña Edad del Hielo, pero la nieve –e incluso el hielo– estaba presente en gran cantidad en los Picos durante

todo el verano]. Continúan el ascenso por un sendero que «pasa bordeando un precipicio bastante profundo...», refiriéndose, probablemente, a su paso por la cresta de los Grajales.

Cuando pisan la cumbre, el sol se está poniendo, lo que significa que falta muy poco para que la noche caiga sobre ellos. Pero consideran que el paisaje que tienen ahora a la

vista, con la costa cantábrica, el faro de Santander brillando al nordeste, un mar de nubes a los pies de los Picos, los campos de Castilla al sur.... «*es uno de los espectáculos naturales que pocas veces se ven*». No obstante, no pueden perder más tiempo: toman precipitadamente datos (hora, presión, temperatura) y emprenden el descenso hacia Las Vegas. En el camino se encuentran con un grupo de mineros provistos de candiles que subían a buscarlos por orden de Benigno Arce, director de la explotación. A las 21:30h –casi las doce de la noche en horario actual– llegan al casetón.

Aquel día habían acumulado un desnivel de 2.400 m, por lo que todos, profesores y alumnos, deben estar exhaustos; y también hambrientos. ¿Qué hay para cenar? ¡Pan, vino y agua! Finalizado el «banquete», los adultos aceptan la invitación del Sr. Arce para tomar café y los chicos se acuestan; esta vez, cada uno en un colchón. Merecen el descanso: juzgando desde el siglo XXI lo que estos niños hicieron en aquella jornada, su fortaleza y capacidad de sufrimiento se nos antojan enormes.



Imagen del Pozo de Ándara tomada en 1906 por Gustav Schulze. El lago se vació accidentalmente algunos años después. (Colección Familia Schulze).

5 de agosto. A las tres y media de la mañana los excursionistas ya están en pie y media hora más tarde suenan las campanas que marcan el comienzo de la jornada de trabajo de los mineros. El termómetro señala 10 grados. Profesores y estudiantes se dirigen al Pozo de Ándara, pequeña laguna distante de Las Vegas poco más de un kilómetro. Una vez en su orilla, los chicos registran todos los datos posibles: temperatura del aire y del agua, presión atmosférica, longitud del lago (500 m en aquella época); ignoran su profundidad, aunque, según dicen, «*es grande, no habiéndose podido medir hasta ahora*».

Se les invita a tomar leche, un cuartillo cada uno, quizá suministrada por los pastores que habitan la Majada del Redondal, conjunto de cabañas rupestres –en realidad, huecos entre grandes bloques de caliza– que existen a la orilla del lago. La inspección de la zona minera continúa con la entrada en una galería que supera los 500 m de longitud. Van acompañados de varios mineros provistos de candiles, hay vías y vagonetes en su interior y descubren que allí también trabajan mujeres. José Madrid apunta que el mineral extraído es calamina, producto derivado de la transformación que sufre la blenda «*a causa de la acción de las aguas geiserianas*» (termales).

Al salir de la galería les espera el Sr. Arce, quien los conduce al casetón, donde toman más leche –ahora dos cuartillos cada uno– y son obsequiados con una copa de Jerez. A las diez de la mañana, con una temperatura al sol de 27 grados, emprenden el descenso a Sotres. En el camino, contemplan el Naranjo de Bulnes y, ya cerca del pueblo, disfrutan de un

paisaje especialmente hermoso: prados y bosques de robles, con las cumbres de los Picos como telón de fondo.

Es domingo y a la entrada de Sotres se han concentrado numerosas personas que, vistiendo «*trajes asturianos*», bailan al son del tambor y la pandereta. La temperatura ha subido: 28 grados. Una multitud de hombres y mujeres y niños los acompañan –suponemos que movidos por la curiosidad– hasta una casa donde «*almorzamos lo que traíamos, que consistió en huevos, bonito, pan y queso picón. Vino no se suele encontrar, pero algunas veces huevos*». Las palabras “lo que traíamos” resultan desconcertantes habida cuenta de la penuria sufrida en las minas: ¿de dónde traían tales manjares? Tal vez en 1931, al transcribir el texto manuscrito, hubo algún error de mecanografía, ya que todo cobraría sentido si esas palabras se sustituyen por «*lo que tenían*».

A las tres y media de la tarde salen de Sotres. Han de atravesar «*el río Áliva*» (el Duje), que «*baja de Peña Vieja, un pico menos peligroso que Peña Fierro*», y en ese punto despiden al Sr. Quiroga «*que marchaba con el guía Victoriano a aquel punto*» (¿los Puertos de Áliva?). El resto se dirige a Bulnes, cuyo camino –a través de la collada de Pandébano– les resulta grato, ya que, «*discurre entre hermosos prados e invernales*». A las siete de la tarde, estando solo a “un cuarto de hora” del pueblo, se detienen para que José Madrid y Manuel Cossío bajen a buscar provisiones y contraten un guía para los días siguientes. Las gestiones solo fueron bien a medias: consiguieron un guía, ningún alimento.

La vuelta al lugar donde dejaron a los demás preocupa a

Madrid y Cossío, ya que se ha hecho de noche y *«el camino es malo y peligroso»*. Piden un farol y el cura del pueblo les presta uno que, además de muy sucio, está estropeado; tras muchos intentos, y con los dos profesores desesperados pensando en la impaciencia de sus compañeros, el cura logra arreglarlo y Madrid y Cossío regresan con el grupo. Como cena, todos han de conformarse con *«un poco de queso picón y un poco de pan duro»*. La noche la pasan en un invernadero, envueltos en heno y *«acompañados de cinco o seis pastores»*.

6 de agosto. A las cuatro de la mañana ya están bajando a Bulnes, donde el cura les recibe con un regalo: *«un soberbio pan que tendría unos quince días»*; lo tomaron acompañado de *«un cuartillo de leche, pues no alcanzaba para más»*.

Empieza aquí la que será otra durísima jornada montañera, casi tanto como la del 4 de agosto; o, en algunos aspectos, incluso más, ya que, en vez de amplios caminos mineros, solo encontrarán estrechos senderos en las fortísimas pendientes del más remoto y espectacular de los cañones de los Picos de Europa: la Garganta del Cares. Pero eso vendrá después, ya que, mucho antes de vislumbrar esa gran hendidura, deben remontar la dura Canal de Amuesa (800 m de desnivel desde Bulnes) y alcanzar los puertos del mismo nombre, situados en una elevada planicie. Casi todo les sonríe ahora, comenzando por la acogida que les dan *«doce pastoras bien vestidas», las cuales les ofrecen todo un festín: «suero, borona, cuajada, queso y leche»*; como remate, disfrutaron una siesta de una hora *«con un agradable fresco»*. La única nota negativa fue la ausencia de una buena fuente, viéndose obligados a *«beber agua cenagosa»*.

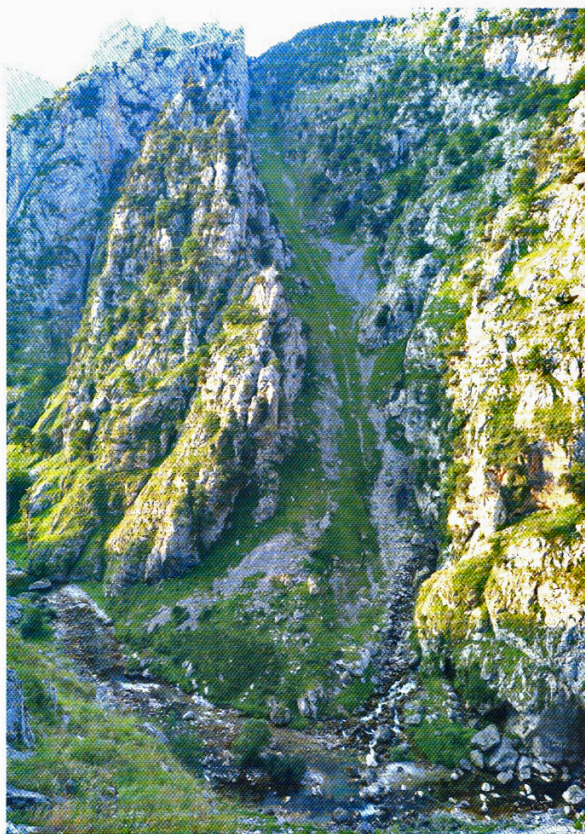
Retomada la marcha a las once de la mañana, empiezan a descender (1.150 m de desnivel hasta el río) *«por un bosque hermosísimo»* –el hayedo de Monte Llué– *«que tenía una legua de pendiente»*. Desde el bosque escuchan el Cares muy abajo, pero no lo ven. La pendiente es tan fuerte que han de bajar con mucho cuidado, *«unas veces sentados, otras agarrándose a las piedras, a los árboles, o sosteniéndose con ayuda del bastón y tras no pocas caídas»*. Se supone que el guía les habrá conducido por la ruta más humanizada, la que sale de Amuesa por el sendero que desciende a la Majada de Llué y continúa por el que conecta con la cabaña del El Jobo, para entrar en la parte baja de la Canal de Sabugo y descender hasta el cauce del río. Puede que lo hayan hecho así o puede que perdieran el camino y avanzasen monte a través. Lo cierto es que, una vez en el fondo del desfiladero, miran hacia arriba y les parece *«imposible haber descendido por una pendiente casi vertical, teniendo que caminar por veredas en zig-zag»*.

La llegada al río trae consigo el regalo de un baño y un descanso para tomar el poco alimento que les quedaba. No se cansan de contemplar la imponente garganta, que se hace más interesante tras escuchar las explicaciones de José Macpherson describiendo los procesos erosivos que la han labrado. En principio, habían pensado pasar la

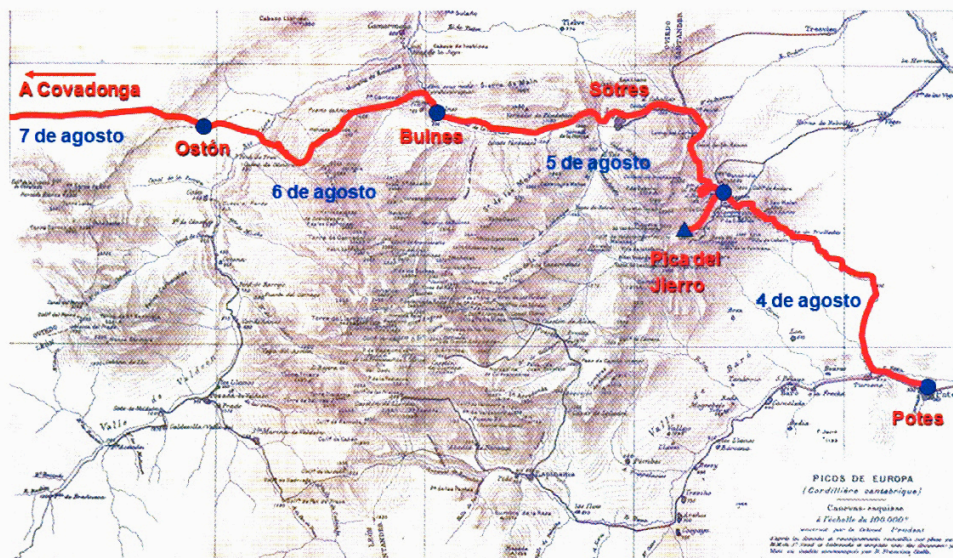
noche allí, pero, al avanzar la tarde, a causa de *«la humedad, el caer con frecuencia piedras de las alturas»*, deciden reemprender la marcha por la ladera opuesta. Son ya las cinco. No dicen por dónde suben, pero, desde la zona en la que se encuentran, el acceso no puede ser otro que la Canal de La Raya.

El paso de la ILE por el fondo del Cares mueve a una reflexión: cuando aún faltaban casi veinte años para que empezase a construirse la conducción de agua con fines hidroeléctricos, pocos lugares de la península serían tan remotos para el mundo exterior como la zona del desfiladero por la que aquel día pasaron nueve escolares y cinco atrevidos sabios.

En la Canal de La Raya, se enfrentan de nuevo a una fuerte pendiente y han de superar casi 700 metros de desnivel para llegar a las hermosas praderas en las que se asientan los invernaderos de Ostón. Aquel día están guardadas por un solo pastor, Francisco el manco; los demás se fueron a Bulnes, pero este pobre hombre no pudo hacerlo debido a que una piedra, desprendida de las alturas, le golpeó en una pierna. No sabe si la tiene rota, pero no se decide a mandar aviso al médico, ya que *«solo subir a aquellas alturas le costaba diez duros»*.



Canal de Sabugo y río Cares desde el comienzo de la subida a Ostón.



Travesía de la ILE, señalada sobre el mapa de Prudent de 1893.

Una espesa y fría niebla invade Ostón al caer la noche. Profesores y alumnos, abrigados con sus impermeables, encuentran refugio en una de las cabañas, donde el pastor Francisco les ofrece un tanque de leche a cada uno. Todos duermen perfectamente hasta la mañana siguiente.

7 de agosto. A las cuatro y media ya están levantados y dispuestos a tomar el delicioso desayuno que Francisco les prepara –*leche, borona y mantequilla*– mientras les cuenta «*cosas suyas muy divertidas y que nos agradaron mucho*». Se despiden «*afectuosamente de él y comprándole un buen queso picón, en cuyo invernal se confeccionaba*».

Entre niebla y bajo la lluvia, caminan hacia otra majada más alta –Vega Maor– en la que toman leche de cabra. Continúan hasta la collada de Sierra Buena y, acompañados de otro guía, siguen hasta el Lago Enol, «*que no pudimos ver bien a causa de la niebla*». A paso muy ligero descienden hasta Covadonga, llegando a las cuatro y media de la tarde a la hospedería. La ropa que traen está completamente empapada, de modo que se mudan antes de dar cuenta de una «*comida abundante*». Previamente, salen un momento para ver la basílica –entonces en construcción–, el claustro del Santuario, y la gran cavidad en la pared de roca en la que está la Virgen. Todo el lugar les parece «*muy pintoresco, con gran abundancia de agua*». Después de aquella comida –o cena– se acuestan sin que les fijen hora de levantarse a la mañana siguiente; cada uno cuando despierte.

8 de agosto. Desayunan a las ocho y, a las nueve, –horarios tardíos en comparación con los del resto de esta marcha– se encuentran caminando hacia Cangas de Onís, a donde llegan a la una de la tarde. Admiran el puente medieval, visitan la iglesia de San Pedro en Villanueva, y a las ocho y media dan por finalizada la etapa del día en Arriendas, donde pernoctan.

Tras haber cruzado el Sella, los Picos de Europa han quedado definitivamente atrás, pero los integrantes de la excursión de la ILE seguirán visitando monumentos e industrias durante muchos días más, deteniéndose en Infiesto, Villaviciosa, Gijón, Oviedo, Pola de Lena, Colegiata de Arbás, León y, por último, Sahagún de Campos.

En la tarde del 25 de agosto, José Madrid y José Macpherson salen en tren hacia Madrid acompañando de vuelta

a los alumnos; llegarán a la capital al día siguiente por la mañana. Otro grupo, al que José Madrid cita como «*Giner, Cossío, Vida, Escalera y Blanco*», continúa hacia Galicia y Portugal. Y aquí surgen un par de cuestiones: Blanco es el apellido de Pedro Blanco Suárez, uno de los estudiantes, y Vida el de Jerónimo Vida Vilches, joven ligado a la ILE; de Escalera no tenemos datos. ¿Quién era Escalera? ¿Estuvieron presentes Vida y Escalera en todo el viaje? Es probable que quien lea ahora el resumen de José Madrid se haga estas y otras muchas preguntas acerca de la excursión de la ILE de 1883. ¡Ojalá en el futuro algún investigador pueda reconstruir los fragmentos perdidos de tan singular historia! ✂

NOTAS: Las palabras y frases entrecuadradas en este artículo son citas literales del resumen que José Madrid publicó en 1931 en PEÑALARA. Gracias a que este, un testigo directo, menciona unos pocos topónimos y alguna referencia al paisaje, ha sido posible reconstruir con bastante precisión la ruta que siguieron, un itinerario que no concuerda con el sugerido en el libro editado por la Comunidad de Madrid en 2003 (pág. 13). El horario que aparece en los apuntes de José Madrid es el de 1883; para calcular su equivalencia con el horario actual de verano en España se deben añadir dos horas y cuarto más; el cuarto de hora corresponde a la diferencia entre el meridiano de Madrid –el que supuestamente llevarían los excursionistas en sus relojes– y el de Greenwich, ya que en 1883 todavía no se habían unificado los horarios provinciales en España.

Fuentes consultadas

Madrid Moreno, J., 1931. Notas retrospectivas. Diario de una excursión realizada en el año 1883 a la sierra de Guadarrama, Santander, Asturias y León. Peñalara, Revista Ilustrada de Alpinismo, nos. 212, 213 y 214.

Pliego Vega, D. (Coordinador), 2003. Marcha Giner. Excursión conmemorativa de la que la Institución Libre de Enseñanza hizo en 1883. Comunidad de Madrid, Consejería de Medio Ambiente.

Rodríguez del Arroyo, F., 2023. Excursión de la Institución Libre de Enseñanza por la Sierra de Guadarrama en 1883. Peñalara, Revista Ilustrada de Alpinismo, no. 583.